

LA VUELTA DE UNA MADRE.

Á MI AMADA ESPOSA LA SEÑORA DOÑA MARÍA DE LA PAZ VILLAMIL DE ROA.

Va Pedro á una isla y hallando,
Despues de azares prolijos,
Faz hermosa y genio blando
En Berta, casó, mirando
Crecer en torno seis hijos.

Despues la peste arrebatá
A Berta, y de tal herida
A Pedro el dolor no mata,
Y en su condicion ingrata
Del bien que perdió se olvida.

Vase á otra isla y en ella
 Con nuevo himeneo sella
 La interrumpida ventura;
 La nueva esposa es muy bella
 Con alma insensible y dura.

Al acercarse al hogar
 No su compasion despierta
 Ver cómo están á la puerta
 Los seis niños sin jugar,
 Pensando en la madre muerta.

Con aspereza inaudita
 Riñe á aquellas criaturas,
 El blando colchon las quita,
 Las deja solas y á oscuras
 Y acalla á golpes su grita.

De hambre y de sed y de miedo,
 Y tan lastimosamente
 Que en ello pensar no puedo,
 Sin agua, pan, luz ni gente,
 Lloran los niños muy quedo.

Pero su llanto al oído
 Materno llega en la fosa,
 Y "Para verlos te pido
 Licencia" en tono sentido

Decir á Dios Berta osa.

Ruega más y, al fin, se ablanda
 El Señor, y su demanda
 Obtiene propicio fallo:
 Que esté de vuelta le manda
 Al primer canto del gallo.

Sobre sus débiles piés
 Del ataúd se levanta
 Berta, y marchando al traves
 De la campiña, la res
 Huye y el mastin se espanta.

Hállase con la mayor
 De las niñas en la puerta,
 Y dícela con amor:
 —"¿Qué estás haciendo despierta
 Y así del frio al rigor?"

¿Tus hermanos dónde están?
 Vosotros sois el iman
 Que aquí me atrae, hija mia."
 Y la niña respondia
 A tan cariñoso afan:

—"No sois mi madre; ella era
 Alegre y blanca y rosada;

Vos sois pálida cual cera,
Y ni os sonreís siquiera,
Y la diestra os siento helada.”

—“Posible no hubiera sido
Que alegre y bella me vieses,
Del alma objeto querido,
Cuando hace mas de ocho meses
Que en el sepulcro he dormido.”

De la niña acompañada
Que la contempla asustada,
En el dormitorio entra,
Y en llanto la faz bañada
A los chiquillos encuentra.

Del uno el traje cepilla,
Peña al segundo el cabello,
Besa al otro en la mejilla,
Junto al jergon se arrodilla
En que dormita el más bello.

Todo lo arregla y dispone,
Toma al infante del lecho,
Le ciñe en abrazo estrecho
Y en su regazo le pone
Como para darle el pecho.

Manda llamar al marido
Con la niña; Pedro viene
Y está de terror transido;
Con la dulce voz que tiene,
Berta le dice al oído:

—“Pan, colchones y bujías
Para nuestras criaturas
Dejé, y sin comer los días
Pasan y las noches frías
Sobre la paja y á oscuras.

Si prolongas tu descuido
Y de nuevo, á su gemido,
Dejo mi ataúd desierto,
Que algun mal desconocido
Os sobrevendrá te advierto.

Mas canta el gallo y termina
El plazo que me fijara
La Omnipotencia divina.”—
Dice, y al umbral camina
Berta sin volver la cara.

Desde aquella noche, cuando,
De la aldea en los confines,
A los esposos el blando
Sueño interrumpen ladrando

Los alarmados mastines,

A los niños de comer
Llevan Pedro y su mujer,
Y con pavor se le junta
Ella, recelando ver
El alma de la difunta.

1861.

María Brannan

LA RESTITUCION.

Sus posesiones campestres
Mórten recorriendo va.
Cabalga en un potro, cabalga, y un día
Sintióse atacado de súbito mal.

Dejó á la ermita su oro
Y al convento su corcel;
Su cuerpo los monjes piadosos sepultan
No lejos, de tierra bendita en seis piés.